

LA PLUMA

REDACTOR PROPIETARIO: CARLOS DE J. GONZÁLEZ

12 setiembre 1903

Nota especial

A José M^a. Zeledón

Recibe, oh vate, el saludo atento de tu admirador y amigo que te estima y te felicita.

Tomaste parte en el certamen del Himno Nacional y saliste victorioso.

Adornastes tu hermosa y bella composición con la gracia y la humildad que te caracteriza.

Con esta son dos estrellas que fulguran en el horizonte é inmortalizan tu nombre.

Oh bardo, prosigue tu camino y que ganes muchos laureles.

Por falta de espacio no fué posible lá inserción de tu descriptivo y bien acogido Himno Nacional.

LA PLUMA, orgullosa, luce en sus primeras columnas el nombre del distinguido discípulo de Homero á quien por tu elevada nota en el certamen te da la enhorabuena.

EL REDACTOR

AÑO I No. 1

LA PLUMA
POLITICA —y— LITERARIA

NOTAS

I. En el seno del periodismo renace hoy de nuevo "La Pluma" y aparece como estrella errante ante la joya y preciosa perla Costa Rica. Viene en lucha por la vida y se presenta ante sus lectores como actor dramático á desempeñar su delicadísimo papel.

El público benévolo mirará con agrado esta hoja que con cariño y entusiasmo nos hemos servido bautizarla con el nombre "La Pluma" y dará el fallo en pro de su publicación.

"La Pluma" en la vida pú-

blica, tratará con cordura la política; dará á cada uno lo suyo, siendo implacable y temible ante los actos injustos é inhumanitarios de los gobernantes ó de los pueblos en general.

II. En la época actual, esta hoja saldrá una vez por semana. Más adelante, si el tiempo y las economías lo permiten, continuará siendo diario.

III. Siempre que nuestra hoja sea sabatina, ó popularmente hablando, que sólo los sábados salga á visitar á sus lectores, no le será admisible ninguna suscripción.

IV. En la Administración actual tenemos un buen gobierno. Si ha cometido algunos errores ó pecados, hay que perdonárselo. Si los pueblos en general cometen sus errores qué no será en el círculo gubernativo? Desde luego para que al gobierno le sean perdonados sus "peludos" no necesita de curas, ni de defensores ni de órganos de publicidad.

V. Hemos leído un largo artículo publicado en "El Noticiero" sobre arrendamiento de la Imprenta Nacional. Se ve á la simple vista que el que lo creó fué persona de juicio y de elevado criterio. En su concienzudo trabajo finaliza así: "Piense en estas consideraciones el señor Ministro y se convencerá que el arriendo de la Imprenta Nacional es perjudicial para el país desde cualquier punto de vista que se tome la cuestión." Reciba su autor nuestra felicitación.

VI. La Liga de Obreros elevó un memorial al Supremo Gobierno, expuso la gravedad en que incurría al poner la Nacional en manos ajenas. La contestación que obtuvo la Liga fué muy satisfactoria. Le-

damos la enhorabuena á ambas partes.

VII. En días pasados se nos dijo que la respetabilísima persona de don Ricardo Fernández Guardia iba á ser el jefe de la Nacional. Por una parte sentimos que no haya sido él jefe y por otra le felicitamos porque los postres de sinsabores le hubieran empalagado, y convirtiéndolo en un un mártir de su empresa.

VIII. El estimable tipógrafo que hace muchos años se halla empleado en los talleres del respetable y apreciable comerciante don Antonio Lhemann, se le ha metido entre ceja y ceja contraer matrimonio con una hija de don Jesús Cubero, corronga y tierna flor de la pintoresca y bella metrópoli. "La Pluma" le desea muchos años de vida á la simpática pareja. No dudamos que la Lira Josefina tomará parte en la boda.

CRONICA

Al público.—Con regularidad seguirá saliendo LA PLUMA todos los sábados. La persona que desee obtener un número, puede conseguirlo en la afamada y conocida barbería del señor don Sebastián Sanllehi, antiguo local que ocupó la renombrada botica de La Fé.

Recomendamos al público en general y principalmente á los amantes á las serenatas y á los cantares, los versos populares que hoy publicamos en la cuarta página. Es obsequio del álbum de recortes y curiosidades de una estimable señorita.

Todas las personas de la capital y de las provincias que desee comunicarse con el Redactor de esta hoja, puede dirigirse á su casa número 136, Avenida 8^a, Oeste.

LITERATURA

NIÑERIAS

[Filosofía fin de siglo]

El hotel está edificado en medio de un parque y en la parte más pintoresca y mejor soleada de la población: es un magnífico edificio de tres pisos, con cuadra capaz para ocho caballos y una hermosa azotea desde la cual se divisa, en las lejanías del horizonte, el mar, semejante á una cintita azul.

En aquel parque, tapizado de lozana hierba y sombreado por árboles copudos, bajo los cuales se retuercen en curvas caprichosas las callejuelas enarenadas del jardín, imperaban como despóticos tiranuelos Adelardo y Luisita Pérez. Su poder, sin embargo, sólo duraba algunas horas; en cuanto el sol declinaba, salía del hotel una institutriz inglesa, que con carantoñas y engatuzadores halagos, ó amenazas les reducía á la obediencia y les llevaba al lecho.

Para los niños, Fanny era el espíritu pacificador y silencioso del crepúsculo que siempre iba á buscarles á la misma hora, apareciendo de súbito, como los cucos de los relojes antiguos, grave y sosona, llevando en cada mano un gorrito de dormir.

Pero si por la noche no osaban rebelarse contra la autoridad de la institutriz, á la mañana siguiente, en cuanto empezaba á alborear, ya estaban despiertos y tomando el desquite llamando á Fanny con toda la fuerza de sus pulmones; Adelardo en un tono, su hermanita en otro más agudo: "¡Fanny, Fanny!..." con acento angustioso, como si se les acabase la vida.

Y si no acudía en seguida, saltaban del lecho, cogían sus zapatitos y se iban pasillos adelante en derechura al cuarto de la abuela, pidiendo á gritos que les vistiesen.

En cuanto estaban ataviados, tomaban en un santiamén el desayuno, y salían á corretear por el parque, aspirando por boca y narices el aire frescachón de la mañana, saturado de emanaciones marinas; gozando del sol na-

ciente, de las flores humedecidas por el rocío de la noche; sorbieron la felicidad con los ojos, riendo á carcajadas, como si necesitasen dar salida á aquella plétora de alegría bullidora que retozaba en sus tiernos corazoncitos.

Luisa tenía nueve años; con el pelo rubio y ondulado, los ojos grandes, azules, acariciadores; los labios finos, el cutis blanquísimo de una pureza columbina. Nadie la conocía por su nombre: su padre la llamaba Nena, después, conforme la muchacha fué enriqueciendo con los años el manojito de sus atractivos, obtuvo una nueva confirmación y la apodaron Nenín conviniendo todos en que la palabra "Nena" era un tantico dura para tan milagrosa muñeca.

Nenín estaba encantada de la mística leyenda de su nacimiento.

—Mira,—la había dicho su madre,—una noche de verano, estando yo asomado al balcón, entretenida en contar las estrellitas del cielo, ví que por éste venía una sombra blanca que fué agrandándose, agrandándose... y resultó ser un ángel hermosísimo que se descolgaba desde el otro mundo á lo largo de un rayo de luna. Cuando llegó á mí, se detuvo, quedándose suspendido en el aire con las alas abiertas, y me alargó una cestita formada con hilillos de oro. "Toma esa niña,—dijo,—y quíerela mucho, porque ella también te querrá: será buena como el mensajero que en este instante, y por mandato divino te la entrega: y blanca como la luz de la luna que nos alumbró; y rubia como los mimbres con que los querubines tejieron esa cesta en que te la ofrezco...." Y nada más: el ángel se fué y yo me quedé contigo.....

A Adelardo le llamaban Chulapito, y era el tipo antitético de su hermana: pequeñín, trabadillo, con el pelo negro, la tez bronceada y el carácter altanero y levantisco, los ojos retadores, la boca grande, el cuerpecito ágil y fuerte.

Chulapito y Nenín formaban la pareja perfecta soñada por el genio de Shakespeare: Otello y Desdémona; ella, una Desdémona diminuta, más ideal aún que la protagonista de la inmortal tragedia, y él un Otello chiquitín,

apasionado y reñidor como el mozo de Venecia.

Apesar de esas disparidades físicas, Nenín y Chulapito se parecían en sus aficiones. Criadas en una vida aristocrática y fastuosa, habían sufrido la influencia incontrastable del medio y heredado los hábitos regalones de sus progenitores: les gustaban los vestidos de seda, los zapatitos de charol, los paseos en coche, todo lo que estuviere limpio y oliere bien; tanto, que los granujillas del lugar, descalzos y rotos, con los semblantes ennegrecidos por el polvo de las calles les producían innarrable desasosiego. Estos defectillos no los advertía la abuela; para ella no había muchachos como aquellos: sus más imperdonables travesuras la hacían reír, y con tal intensidad revivía aquel sentimiento, que era para su viejo corazón una maternidad, que si "mis" Fanny se irritaba contra los orgullosos desplantes de los niños la abuelita acudía inmediatamente en su defensa, alegando cuantos razonamientos le sugería la ceguedad de su cariño.

Una tarde estaban Chulapito y su hermana muy atareados en levantar un muro de contención que desviase el curso de un torrente que improvisaron derramando en el suelo un cubo de agua. Nenín, convertida en ingeniero, era la encargada de amasar el barro, dando á la represa la altura y el espesor necesarios, y Chulapito oficiaba de ayudante transportando los materiales en dos cubos de hojalata con la actividad del obrero que trabaja á destajo. En uno de sus viajes, al recojer una paletada de arena que la niña pedía para darle á su obra mayor solidez, encontró una moneda, ¡una moneda de plata!

—¡Oye, qué bien, una peseta!.....—gritó Chulapito alborozado.

Nenín acudió, frotándose las manecitas llenas de barro en su delantal blanco.

—Dámela. — No quiero, es mía; yo la encontré.

Ella tornó á pedirla, él insistió en su negativa y á Nenín se le llenaron la garganta y los ojos de pucheritos. —¡Yo la quiero! ¡yo la quiero! repetía.

Miss Fanny se apercibió de la contienda y acudió á meter paz. Pero Chulapito corrió hacia su abuela, seguro de ganar el pleito por la mano.

—¡Es mía, abuelita! . . . — Bueno; pero debes darle la mitad á tu hermana.

—No, no. . . . Además no la he de gastar, tú la guardas para cuando yo sea grande. . . .

—¿Y qué harás entonces con ella? —Pues. . . —y se detuvo vacilando—reunir dinero para comprar un hombre que vaya por mí á la guerra. . . .

—¡Yo también la quiero para eso! —gritó angustiada Nenín, comprendiendo que aquel rasgo económico de su hermano la haría perder el pleito,—porque yo seré grande como éste, y también necesitareé comprar un hombre. . . .

El destino fatal del mundo en marcha había hablado por boca de los niños, abusando de su infantil candor. Aquello era profecía terrible: el triunfo del oro omnipotente, los vencidos de la vida vendiendo su cuerpo á la patria como soldados, y su amor á la mujer como maridos; pero vendiéndose y prostituyéndose siempre para redimirse de la miseria.

La bondadosa anciana, que no presumió la triste filosofía encerrada en aquellas frases tan inocentes, se echó á reír. . . .

Ay! . . . pero había motivo para echarse á llorar!

EDUARDO ZAMACOIS

La leyenda de la luna

La luna teme que salga el sol, pues él solamente sabe el misterio de su palidez. Y la luna teme que á la hora indecisa del alba confíe el sol á alguien su secreto. Por esto, tan pronto como sale el sol, la luna se esconde, con la esperanza de que así llegará á olvidarse de ella.

Pero á mí me ha enseñado el sol la manera de ir contando entre los hombres como él ha dado el canto á los pájaros y como dora y madura á la fruta y hace que la selva

verdee y se enfore. Yo también conozco el misterio. Yo sé, como el sol, por qué la luna es tan blanca. Oid. Un día fué en que la luna era el corazón de una niña, donde alegre cantaba el amor. Mientras duró la dulce pasión el corazón de la niña, brillaba con los colores de la aurora. Pero un día el amor le dijo adiós, y la tristeza del corazón de la niña le tornó blanco enteramente.

El firmamento le tuvo mucha lástima, y se lo llevó. Y durante las horas calladas y solitarias, el corazón desconsolado contempla desde allá arriba á la tierra, acordándose de su pasión y de su dolor.

Cuando la luna sale, las flores murmuran: ¡Oh corazón blanco de virgen, ven y descansa sobre nuestras corolas enamoradas! Los pájaros la invocan en sus gorgoros y se duermen sonriendo con su tristeza. Y las tumbas del cementerio dicen muy quedo: ¡Oh corazón blanco de virgen, acrecienta con tus rayos nuestra blancura! La luna teme que salga el sol, pues él solo sabe el misterio de su palidez.—E. V.

¡MUERTA!

Duerme en el fondo de nívea caja,
abierto el labio, como sonriente,
que al darla un beso tierno en la frente
mi aliento ataja. . . .

Es que yo sufro tal amargura,
que mientras lloro mi suerte negra
se me figura
que ella se alegra.

D. Ureña

Diario de un niño

UNA DESGRACIA

Ha empezado el año con una desgracia. Al ir esta mañana, viernes 21, á la escuela, refiriendo á mi padre las palabras del maestro, vimos de pronto la calle llena de gente que se apiñaba delante del colegio. Mi padre dijo al punto:—Una desgracia. Mal empieza el año. Entramos con gran trabajo. El conserje estaba rodeado de padres y de muchachos, que los maestros no conseguían hacer entrar en las clases y todos se encaminaban hacia el cuarto del Director, oyéndose decir:—¡Pobre muchacho! ¡Pobre Roberto! Por ci-

ma de las cabezas, en el fondo de la habitación llena de gente, se veían los kepis de los guardias municipales y la gran calva del señor Director; después entró un caballero con sombrero de copa y todos dijeron:—Es el médico. Mi padre preguntó á un profesor:—¿Qué ha sucedido? Le ha pasado la rueda por el pie, respondió.—Se ha roto el pie, dijo otro.

Era un muchacho de la clase segunda que yendo á la escuela por la calle de Dora Grossa, y viéndose á un niño de la primera elemental escapado de la mano de su madre, caer en medio del arroyo á pocos pasos de un ómnibus que se echaba encima, acudió valientemente en su auxilio, lo cogió y lo puso en salvo, pero no habiendo estado listo para retirar el pie, la rueda del ómnibus le había pasado por encima. Es hijo de un capitán de artillería.

Mientras nos contaban esto, entró, como loca, una señora á la habitación, abriéndose paso: era la madre de Roberto, á la cual habían llamado. Otra señora salió á su encuentro y sollozando, le echó los brazos al cuello: era la madre del otro niño, del salvado. Ambas entraron en el cuarto y se oyó un desesperado grito; ¡Oh, Roberto mío, hijo mío! En aquel momento se detuvo un carruaje delante de la puerta y poco después se presentó el Director con el muchacho en brazos, que apoyaba la cabeza sobre el hombro de aquél, pálido y cerrados los ojos. Todos permanecemos callados: se oían los sollozos de las madres. El Director se detuvo un momento y levantó al muchacho con sus dos brazos para que lo viera la gente, y entonces maestros, maestras, padres y muchachos exclamaron todos á un tiempo:—Bravo Roberto! ¡Bravo pobre niño! Y le enviaban saludos los maestros y los muchachos que estaban allí cerca le besaban manos y brazos. El abrió los ojos y murmuró:—¡Mi cartera! La madre del chiquillo salvado se la enseñó y le dijo:—¡Te la llevo yo, hermoso, te la llevo yo! Y al decirlo sostenía á la madre del herido, que se cubría la cara con las manos. Salieron, acomodaron al muchacho en el carruaje y el coche partió. Entonces entramos todos silenciosos á la escuela.—E. DE A.



Canciones populares



Cuando te miro niña,
de pecho hacia el balcón,
me enseñas un pie
me da un no se qué.....
aquí en el corazón.

Si te preguntan niña
por qué es así su amor,
escondes la miel
de ese doncel
porque yo soy tu amador.

En cambio tan hermosa
yo de tí me acordaré.....
de tu lindo sueño
de tu labio risueño
de tu lindo y suave pie.

Si sales á la ventana
escucha mi canción,
y envíame un riso
de tus cabellos
Para conservarlo en mi corazón.

Recibe este recuerdo
que de niño es mi canción,
recíbele con anhelo
que es un ángel del cielo
que te canta en tu mansión.